

Víctor M. Pérez Valera

Sobrevivir para contarlo

Las grandes catástrofes naturales como la reciente de Haití son lamentables y deben suscitar en nosotros nuestra generosidad solidaria. Sin embargo, con razón Aristóteles decía que las más grandes calamidades no son las que ocasiona la naturaleza, sino las que provocan las injusticias de los hombres: los genocidios, las masacres de personas inocentes generadas por ancestrales odios tribales. Ante las graves catástrofes naturales, por lo menos muchas naciones suelen ayudar a mitigar los ingentes daños, pero ante los genocidios algunas naciones, e incluso las Naciones Unidas, en ocasiones se lavan las manos. Todavía más, algunos medios de comunicación guardan, ante estas masacres de inocentes, absoluto silencio.

En el continente más pobre, África, es donde se han dado recientemente los más terribles genocidios. Hace apenas dos años, en el norte de Uganda, un ejército de fanáticos secuestraba y adiestraba a miles de niños para destruir y asesinar. Los crímenes nefastos de Idi Amin (1971-1979) parecían ya superados, pero surgió luego Joseph Kony, guerrillero fanático, que con su Ejército de Resis-

tencia del Señor (ERS), integrado por niños secuestrados (alrededor de 20 mil niños) que luego son obligados a punta de pistola y metralleta a matar a otros y a beber su sangre. Las escenas son macabras: una niña de 14 años, Adok, que trató de escapar, fue asesinada a mordidas. Al parecer el ERS es armado y apoyado por el gobierno de Sudán.

Un poco antes, en 1994, se dio en Ruanda el genocidio más terrible y cruel del siglo XX: en sólo tres meses fueron masacrados a machetazos cerca de un millón de ruandeses de la tribu de los tutsis. Sobre el holocausto de Ruanda ha aparecido un libro extraordinario: *Sobrevivir para contarlo*, de Immaculée Ilibagiza. Se trata de un libro conmovedor, fuera de serie, en que la autora nos cuenta cómo vivió esta masacre, de la que milagrosamente salió viva.

Tenía Immaculée 22 años cuando comenzó el conflicto ocasionado por un grupo paramilitar de fanáticos hutus. Immaculée sobrevivió a la matanza, escondida 91 días en un minúsculo bafío de un metro cuadrado, junto con otras siete mujeres de la tribu tutsi. Las redadas de los asesinos se sucedían con

relativa frecuencia, y ellas tenían que permanecer calladas y sin hacer ningún ruido, ni de día ni de noche. Esporádicamente recibían algunas sobras de comida como único alimento.

El libro describe la terrible saña con que eran ejecutadas personas inocentes y entre ellas los miembros de la familia de Immaculée. Pero todavía más conmovedor es el relato de la vivencia de fe de esta mujer excepcional, en medio de estos hechos tan atroces. Su profunda fe la hizo descubrir la presencia de Dios por medio de la oración. La profunda espiritualidad de Immaculée la condujo al amor de sus enemigos. Ella al rezar el *Padre Nuestro* del rosario se sentía mentirosa e hipócrita: "era inútil, mis oraciones se sentían vacías. Había comenzado una guerra en mi alma y ya no podía seguir orándole a un Dios de amor con el corazón lleno de odio".

Immaculée lucha interiormente con este problema le pide a Dios que toque su corazón, que la enseñe a perdonar. Ella escribe: "ore sin detenerme hasta tarde en la noche, todo el día siguiente, al otro día, y así sucesivamente. Ore toda la semana, apenas comiendo o to-

mando agua", finalmente, después de una feroz lucha consigo misma, pudo decir: "perdónalos porque no saben lo que hacen". Decían los latinos que un abismo llama a otro abismo, en este caso, el abismo de la tragedia hizo surgir al abismo profundo de la fe.

La tragedia de Ruanda, al parecer, es pequeña comparada en la que en estos momentos está sufriendo el Congo. Según el International Rescue Committee, ya son más de 5.4 millones las personas asesinadas en ese país, la mayoría a partir de la invasión del Congo por los ejércitos de Ruanda, Uganda y Burundi.

Los ataques son particularmente crueles en contra de la población civil: en algunas partes 75 por ciento de los niños menores de dos años han fallecido, y 33 por ciento de la población congolesa tiene urgente necesidad de alimentos. ¿Cómo es posible que Paul Kagame, presidente de Ruanda, que dirigió la liberación tutsi en su país, al parecer con el apoyo de grandes potencias, colabore en esta nueva masacre? ☒

Profesor emérito de la Universidad Iberoamericana

